BARRICADAS EN ZARAGOZA

La insurrección de los Voluntarios de la República (1874)[1]

Ignacio García de Paso
European University Institute

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

José Martí, «Versos Sencillos», poema VII

La madrugada del 3 de enero de 1874, tras perder el presidente de la República Emilio Castelar el voto de confianza de las Cortes y tras una agotadora sesión nocturna para votar al que iba a ser su sucesor, el general Manuel Pavía entró en el palacio de las Cortes. Lo hizo al frente del Ejército y la Guardia Civil, ordenando el inmediato desalojo de la Cámara entre disparos lanzados al aire. Quedaba anulada así la sesión, y quedaba truncada la formación de un nuevo gobierno de la República. Se ponía fin al experimento democrático republicano iniciado menos de un año antes, y se abría un nuevo periodo con el general Francisco Serrano al frente de una República «pretoriana». La noticia no tardó en conocerse fuera de Madrid, provocando variadas reacciones. Sin duda la más radical fue la respuesta dada en Zaragoza, donde inmediatamente se produjo una insurrección de la milicia de los Voluntarios de la República contra el nuevo gobierno central. Una insurrección de respuesta al golpe cuyo único paralelo en el resto del territorio español tuvo lugar en Valladolid,

[1] Este artículo se inscribe dentro de las actividades del proyecto PID2019-105071GB-I00, "La dimensión popular de la política en la Europa meridional y la América Latina, 1789-1898", de la Agencia Estatal de Investigación, y del proyecto H02_20R, "Politización, políticas del pasado e historiografía en Aragón y la España Contemporánea", del Gobierno de Aragón, y ha sido realizado dentro del marco de un contrato predoctoral Salvador de Madariaga del Ministerio de Educación.

DOSIER: *Zaragoza amotinada: protesta popular y politización urbana (siglos XVII-XX)*, Álvaro París e Ignacio García de Paso (coords.)
Jerónimo Zurita, 98. Primavera 2021: 89-112 ISSN 0214-0993

y que ha recibido hasta ahora una escasa atención por parte de la historiografía.[2]

El objetivo del presente artículo es abordar este evento desde una perspectiva que lo sitúe en un contexto más amplio, prestando una particular atención a los espacios y repertorios a través de los que se desarrolló, y al modo en que fue instrumentalizado por una serie de actores que participaron en el mismo o experimentaron sus consecuencias inmediatas. No se trata aquí de realizar un estudio de lo local, sino una aproximación desde la «lupa» local a una serie de problemáticas más amplias que conciernen al llamado Sexenio Democrático, y más en concreto del proceso de politización republicana durante dicho período. Por una parte, el estudio de la poco conocida jornada insurreccional de Zaragoza contribuye a matizar la tradicional visión de una población desmovilizada e indiferente ante el golpe de estado del general Pavía, y la imagen de un tránsito pacífico e indolente desde un sistema republicano democrático a otro autoritario encabezado por el general Serrano. Dentro de su aparente excepcionalidad, la insurrección de Zaragoza del 4 de enero de 1874 aporta además un observatorio privilegiado para acceder desde una escala local y cercana a lo microhistórico a una serie de problemáticas de carácter general que condicionaron la politización popular durante los primeros tres cuartos del siglo XIX.

En primer lugar, el considerable protagonismo de las milicias y de las armas, a la vez actores y mediadores, en dicho proceso de politización. Una institución, la de los Voluntarios de la República, que no ha recibido una amplia atención en la historiografía en comparación con las milicias liberales que la precedieron, y que a pesar de ello es clave para comprender las dinámicas de tensión y competencia de intereses que marcaron buena parte de la política popular durante la Primera República.[3] En segundo lugar, y muy ligado al aspecto anterior, el papel

[2] Una excepción en Isidoro Berdié Bueno, *Aragón durante la Primera República*, Zaragoza, Mira Editores, 1991, pp. 79-81. Algo más extenso, en clave narrativa y centrado en la figura del joven José Martí en Manuel Guatas, *La Zaragoza de José Martí*, Zaragoza, IFC, 2004 (ed. orig., 1999), pp. 80-90.

[3] Sobre los Voluntarios de la República y sus antecedentes del Sexenio, sigue siendo una referencia la sección correspondiente en Juan Sisinio Pérez Garzón, *Milicia Nacional y revolución burguesa. El prototipo madrileño, 1808-1874*, Madrid, CSIC e Instituto Jerónimo Zurita, 1978, pp. 507-520. Algunas aproximaciones locales a los Voluntarios son Rosa Ana Gutiérrez Lloret, «La I República y la Milicia Nacional: organización del Batallón de Voluntarios de la República de Alicante», *Anales de la Universidad de Alicante*, 5 (1986), pp. 119-152; Jesús M. Fuente Langas, «Los voluntarios republicanos navarros (1873)», *Príncipe de Viana*, 49 (1988), pp. 343-358; Rafael España Fuentes, «Los problemas de orden público durante el Sexenio Revolucionario: los cuerpos de los voluntarios de la libertad y de los voluntarios de la república. La disolución de la Guardia Rural», *Proserpina*, 14 (1998), pp. 9-28; Sergio Sánchez Collantes, «Ideología política y composición social de los Voluntarios de la Libertad: algunas notas sobre el caso asturiano, 1868-1874», en Damián González Madrid, Manuel Ortiz Heras y Juan Sisinio

de la guerra –en este caso la tercera (o segunda) guerra carlista– a la hora de crear las condiciones propensas para el estallido de la movilización popular, en parte azuzada por factores en apariencia tangenciales como el miedo o los rumores. En tercer y último lugar, adentrarse en las dinámicas internas de la insurrección permite contemplar, como si en una instantánea se tratase, todo un catálogo, por una parte, de repertorios de protesta fruto de la experiencia acumulada, y por otra de un modo de abordar la represión de la insurrección, que reflejan un tenso diálogo entre lo político y la acción a pie de calle.

La ciudad de Cajal y de Martí

La Zaragoza de 1874, la misma que conocieron en su juventud José Martí y Santiago Ramón y Cajal, comenzaba poco a poco a alejarse ya en el plano urbanístico y estético de la ciudad provincial y eminentemente agraria que había sido previamente y que había experimentado la destrucción sin precedentes de los Sitios de 1808-1809. Con unos 75 000 habitantes, Zaragoza se encontraba entre las ocho ciudades más pobladas del territorio español peninsular. Bien comunicada por telégrafo eléctrico, por ferrocarril (inaugurado en la década anterior), y por la línea de postas, y provista de iluminación a gas, la capital aragonesa comenzaba a adoptar el aspecto de una ciudad aburguesada con el trazado de nuevas calles (calle Don Alfonso I, de 1865), la reforma de otras ya existentes (realineamiento de Don Jaime I en 1861), y una creciente actividad comercial. En su extrarradio, las primeras chimeneas y naves de ladrillo reflejo de la tímida expansión de un sector industrial centrado en productos agrícolas comenzaban ya a convivir con las centenarias «torres» (alquerías) y contribuían a desdibujar ligeramente el paisaje de huerta de la vega de los confluyentes ríos Ebro, Gállego y Huerva.[4]

En el plano político, Zaragoza había sido durante todo el Sexenio un espacio de una considerable efervescencia política, con un ayuntamiento en el que al igual que en las otras dos capitales aragonesas los republicanos habían logrado una hegemonía que había causado no pocas tiranteces con los gobiernos civiles favorables a la monarquía constitucional.[5] Ninguna de estas tensiones había supe-

Pérez Garzón (coords.), *La Historia, lost in translation?: Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Albacete, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2016, pp. 1121-1134.

[4] Para esta etapa, véase Carlos Forcadell Álvarez, *Historia de Zaragoza: Zaragoza en el siglo XIX* (tomo 12), Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada y Ayuntamiento de Zaragoza, 1998, pp. 45-64. Para una perspectiva cultural, vid. Manuel García Guatas, *La Zaragoza de José Martí*.

[5] Para la historia política del caso aragonés durante el Sexenio y la República, continúan siendo de interés los dos libros de Isidoro Berdié Bueno, *Aragón durante la Revolución*

rado en intensidad al estallido de violencia que enfrentó a las tropas gubernamentales con la milicia ciudadana de los Voluntarios de la Libertad durante las jornadas del 7 y 8 de octubre de 1869, un suceso que ilustra bien el duro pulso entre el gobierno liberal progresista y unas bases sociales que habían permitido la instauración de un nuevo orden democrático en 1868 y que buscaban ampliar su horizonte de participación con la construcción de una república federal desde abajo. En medio de un creciente clima insurreccional y de tensión a nivel local con el trasfondo del eterno rechazo a las quintas, y mientras se formaban partidas en el País Valenciano, Cataluña, Aragón –con protagonismo indiscutible de la federalísima Barbastro– y zonas de León y Andalucía, el gobernador civil de Zaragoza había tratado de desarmar a los Voluntarios de la Libertad y nombrar un ayuntamiento interino. La decisión llevó a dos días de barricadas y de enfrentamientos, con especial incidencia en los barrios de San Pablo y la Magdalena, durante los cuales las vías férreas y el telégrafo fueron cortados por los insurrectos. Tras los combates, los Voluntarios de la Libertad fueron disueltos y la tranquilidad se fue recuperando poco a poco en aquel agitado otoño de 1869.[6]

La tranquilidad volvería a quebrarse en el 4 de enero de 1874, casi un lustro más tarde, cuando las tensiones entre el gobierno central, el municipal, y las bases sociales del republicanismo federal local volvieron a traducirse en una rebelión abierta entre la milicia nacional y las tropas gubernamentales. Tres factores explican el excepcional estallido de violencia, en el cual el desarme de los voluntarios jugó solo el papel de detonador: el contexto bélico que rodeaba a la ciudad, la agitada política local y nacional, y el clima de rumores que ambas generaron.

Resulta imposible entender la efervescencia experimentada en la ciudad sin la presencia amenazante y cada vez más próxima del teatro bélico de la segunda guerra carlista. Zaragoza en los últimos meses de la República es una ciudad de retaguardia, pero que se percibía a sí misma como virtualmente sitiada, y en la que la actividad de las partidas carlistas procedentes del norte (Cinco Villas), oeste (Navarra) y del este (Bajo Aragón) se sentía cercana y continua en la capital aragonesa. Menos de dos meses antes, en noviembre, los Voluntarios de la República habían tenido que salir de la ciudad a toda prisa para alcanzar Villanueva de Gállego, a menos de 12 km. de Zaragoza, ante el inminente peligro de una incursión de las partidas carlistas, con

de septiembre (1868), Zaragoza, Mira editores, 1991, y *Aragón durante la Primera República*.

[6] Una detallada descripción del suceso en Juan Jaime López González y José García Losaosa, *Orígenes del movimiento obrero en Aragón (1854-1890)*, Zaragoza, IFC, 1982, pp. 173-190.

el alcalde Santiago Dulong en cabeza.[7] Los cortes de telégrafo y de las comunicaciones de ferrocarril eran también habituales y dejaban incomunicada la capital aragonesa con las provincias vecinas por intervalos irregulares pero constantes. Apenas tres semanas antes de la insurrección aquí tratada, las partidas carlistas habían intentado cortar el ferrocarril de Tudela a Zaragoza a la altura de Fitero (en el sur de Navarra), y diez días más tarde harían lo propio en Martorell (Barcelona).[8] La guerra, por lo tanto, se dejaba sentir próxima, generando tensiones a nivel de calle.

Dentro del espacio urbano, estas tensiones se tradujeron en una presión social creciente hacia aquellos sospechosos de no ser leales al gobierno de la República y de apoyar la causa carlista. Ya en el mes de octubre, la prensa monárquica denunció la presión que sufrían en Zaragoza varios ciudadanos sospechosos de simpatía con el carlismo. Seiscientas personas sospechosas de carlistas –hombres y mujeres– se vieron obligados a pagar una contribución especial por parte del gobernador civil de la provincia, el reputado republicano galaico-turolense Víctor Pruneda, y algunos incluso vieron sus casas allanadas y registradas por patrullas del cuerpo de bomberos al no querer pagar este impuesto especial.[9] Un grupo de individuos autodenominados «Junta directiva del Partido Carlista de Aragón» incluso llegó a elevar una petición oficial a Pruneda protestando por una multa que consideraban arbitraria.[10] Afirmaban que ningún otro gobierno provincial había establecido una contribución extraordinaria similar, destinada «para reintegrar las vandálicas exacciones» hechas por las partidas y para «otros gastos de guerra» eventuales. Aunque fue Pruneda quien recibió los apelativos de «bajá» y toda una panoplia de insultos orientalistas, no cabe duda de que los registros arbitrarios eran iniciativa de los propios Voluntarios, dentro de los que se encuadraba el cuerpo de bomberos.[11]

A comienzos de 1874 Zaragoza es, por lo tanto, una ciudad que –como Pamplona o Teruel en esas mismas fechas– se percibe a sí misma como en primera línea de frente. No cabe duda de que este contexto favoreció un cierto espíritu de «bastión» entre las bases sociales del republicanismo local, ya de por sí inflamadas por un federalismo que tenía en aquellos momentos en Cartagena su principal referente. No en vano, más de un diario conservador quiso ver en la posterior

[7] A.M.Z., *Estadística. Milicia Ciudadana*, Caja 1330, legajo 61-14, expediente sobre los sucesos de Villanueva (noviembre de 1873). La negativa de los enfervorecidos Voluntarios a obedecer la orden del alcalde de regresar a Zaragoza provocó un motín que llevó a Santiago Dulong a presentar su dimisión días más tarde.

[8] *El Imparcial*, 18 de diciembre de 1873; *El Imparcial*, 14 de enero de 1874.

[9] «¡Barbarie!, ¡Barbarie! ¡Barbarie!», artículo en *La Esperanza*, 22 octubre de 1873.

[10] Nota del *Estado Aragonés* inserta en *La Esperanza*, 17 de octubre de 1873.

[11] «¡Barbarie!, ¡Barbarie! ¡Barbarie!», artículo en *La Esperanza*, 22 octubre de 1873.

insurrección de Zaragoza una correspondencia directa con el cantonalismo cartagenero. Algunos no solo la achacarían a haber entregado cañones a una milicia civil compuesta por «las últimas capas sociales», sino también a la acción invisible y maliciosa de una red de «cantonales trashumantes».[12] A este respecto, si bien la posibilidad de una correspondencia o relación directa entre el Cantón de Cartagena y los sectores más radicales del republicanismo federal aragonés no deja de ser una especulación, lo que parece seguro es que la Junta del Cantón tenía puesta cierta esperanza en que en Zaragoza y en otras poblaciones surgiera una insurrección análoga que aliviase y reforzase su precaria posición frente al gobierno central. Apenas dos semanas antes, la Junta de Cartagena ya había realizado un guiño a sus análogos en otras ciudades en un manifiesto que lograron publicar en inglés en *The Times*:

> Cartagena no es Cartago Nova, sino la segunda Numancia, el Sagunto de nuestra época, el Corinto de Grecia, el París de 1871. Sus ciudades hermanas –la gloriosa Cádiz, la inmortal Barcelona, la heroica Zaragoza, y todas en las que luce el estandarte de la Federación, deberían unirse a ella en su esfuerzo por romper para siempre las degradantes cadenas que han intentado forjar para ella los pequeños tiranos de bajo estado– los plebeyos deificados, los mesócratas sin conciencia que ahora nos gobiernan.[13]

Sin entrar a valorar el papel de «foco irradiador» que pudo haber ejercido el ejemplo del cantonalismo cartagenero, lo cierto es que en el momento en que se produjo el golpe de Pavía y la orden de desarme de los Voluntarios de la República, una serie de factores de diversa índole confluían en el clima político local de la capital aragonesa.

Al miedo inherente al contexto bélico se añadió la omnipresencia de los rumores, que ya habían sido decisivos en el rechazo a los carlistas durante la llamada Cincomarzada de 1838, como ha señalado Mayoral Trigo.[14] Rumores que circulaban dentro de la ciudad, como los que llevaron al periódico *El Cantón Aragonés* a avisar de la presencia en la vía del ferrocarril de un supuesto ejército gubernamental hostil dispuesto a caer sobre «determinadas poblaciones» mientras «los carlistas vivaquean tranquilos en sus campamentos»—«¡Ay de nuestras esposas! ¡Ay de nuestros hijos si la reacción alza su cabeza!»—, en los momentos en que tenía lugar la votación del 2 enero en el Congreso.[15] Rumores que también se proyectaban desde fuera, como los que difun-

[12] *La Época*, 9 de enero de 1874.
[13] *The Times*, 22 de diciembre de 1873 (traducción propia).
[14] Raúl Mayoral Trigo, *El cinco de marzo de 1838 en Zaragoza. Aquella memorable jornada*, Zaragoza, IFC, 2014, pp. 16-17.
[15] Manifiesto reproducido en *La Esperanza*, 3 de enero de 1874.

dieron algunos diarios madrileños en los que se aseguraba que durante la dispersión de los diputados en el Congreso se habían oído gritos entre los más radicales de «¡A Zaragoza! ¡A Zaragoza!».[16] La llegada de algunos personajes procedentes de Madrid en el tren de esa misma mañana no hizo sino acrecentar la sospecha de que Zaragoza estaba por convertirse en un núcleo de resistencia frente a los golpistas: en la ciudad se encontraban, en el momento del levantamiento e involucrados en él, no solo diputados huidos de Madrid como Federico Rusca Iglesias (diputado republicano por Berga), Juan Pla i Mas (diputado por Terrassa y reconocido federalista), Antonio Carné i Mata (diputado por Mataró y sindicalista de la «Federación de las Tres Clases del Vapor») o Pedro Abizanda Gabás (diputado republicano por Fraga). También se había desplazado a Zaragoza, según el testimonio de Pi i Margall, el capitán de milicia madrileño Manuel García Marqués, que en el momento en el que se enteró del golpe y ante la imposibilidad de sublevar a los Voluntarios madrileños, partió hacia Zaragoza a toda prisa para organizar desde allí el movimiento.[17]

Estos factores influyeron en el particular clima preinsurreccional generado en Zaragoza, si bien la tensión era generalizada en el resto del país. Lejos de la aparente tranquilidad e indiferencia con la que fue acogido en el territorio español el golpe de estado del general Pavía y el desmantelamiento del gobierno de la República, fueron varias las provincias donde se produjeron disensiones de diverso calado. Dejando aparte el caso de Valladolid, donde los Voluntarios de la República tomaron también la vía insurreccional desde el primer momento, y según la crónica periodística, en las provincias de Badajoz, Málaga, La Rioja, La Coruña, Murcia, Almería o Lérida hubo momentos de mayor o menor tensión, llegándose desde los tiroteos ocasionales a la indecisión por parte del gobierno provincial de entregar el mando al ejército. En otros lugares, como la ciudad de Sevilla, el estado de guerra se había declarado ya desde el día anterior, lo que sin duda contribuyó a amortiguar los ánimos.[18]

En medio de un contexto bélico, en una ciudad que se percibía asediada y en medio de una incertidumbre política absoluta –un caldo de cultivo privilegiado para la expansión de rumores y para la propagación del miedo– el inmediatamente proclamado desarme de la milicia nacional republicana sirvió de catalizador para un cúmulo de tensio-

[16] Fragmento de *La Época* citado en *La Iberia*, 4 de enero de 1874.

[17] Todos ellos fueron detenidos en los momentos inmediatamente posteriores al fin de la insurrección. La noticia de las detenciones en *La Correspondencia de España*, 16 de enero de 1874; *La Igualdad*, 18 de enero de 1874. El intento de García Marqués en Francisco Pi y Margall y Francisco Pi y Arsuaga, *Historia de España en el siglo XIX* (vol. 5), Barcelona, Miguel Seguí Editor, 1902, p. 592.

[18] «Orden Público», *La Iberia*, 6 de enero de 1874; *El Mundo*, 8 de enero de 1874.

nes que acabarían desembocando en una rebelión abierta en la ciudad. Según un corresponsal, en el caso zaragozano, tras conocerse el golpe de estado de Pavía, se produjo una reunión entre el nuevo gobernador interino, los miembros del Ayuntamiento Popular de Zaragoza (como era denominado oficialmente) con el alcalde Santiago Dulong a la cabeza, de la Diputación Provincial y los comandantes de los Voluntarios de la República, una asamblea en la que se decidió por mayoría no reconocer al nuevo gobierno y resistir la orden central de desarme de la milicia.[19]

Una Milicia Nacional para la República

Los Voluntarios de la República, herederos de la Milicia Nacional liberal y de los disueltos Voluntarios de la Libertad de 1868, se situaron por lo tanto desde el inicio en el centro de la contienda, como catalizadores de la oposición popular al cambio de régimen y como actores principales de la insurrección.

La creación del cuerpo de Voluntarios de la República había sido anunciada por el gobierno bajo presidencia de Estanislao Figueras apenas tres días después de la proclamación de la República, «considerando que para la defensa de las instituciones y del orden público nunca ha sido más necesario que ahora el armamento del pueblo».[20] Su composición y creación se realizó siguiendo un patrón idéntico al de los Voluntarios de 1868-1869, constituyéndose como una milicia municipal popular y voluntaria. A los antiguos milicianos de 1869 se habían añadido nuevos voluntarios reclutados ante los alcaldes de barrio en cada distrito (778 nuevos reclutas en marzo de 1873), mientras que los individuos que no habían deseado continuar tenían la opción de darse de baja en sus respectivas compañías.[21]

En unas pocas semanas, Zaragoza había vuelto a tener una Milicia de Voluntarios compuesta de ocho compañías de ocho batallones cada una (que en teoría se correspondían con distritos y barrios), con un número de voluntarios en cada una de ellas muy irregular (aunque teóricamente formaban 800 cada una), a las que se sumaban dos batallones de artillería, otro de caballería y un batallón de bomberos. En la realidad, la fuerza nunca alcanzó la teórica cifra de 6400 voluntarios que deberían haberla compuesto (exceptuando caballería, artillería y bomberos). A modo de ejemplo, el primer batallón, uno de los más

[19] *La Correspondencia de España*, 6 de enero de 1874. Otros testimonios destacan la actitud conciliadora del propio Santiago Dulong, que trató de impedir el levantamiento en armas de la Milicia en estos momentos previos a la contienda.

[20] *Gaceta de Madrid*, 15 de febrero de 1873.

[21] A.M.Z., *Estadística. Milicia Ciudadana*, Caja 1330, legajo 61-14, *Alistamiento verificado ante los Alcaldes de barrio* (marzo de 1873).

numerosos, giraba en torno a los 550 reclutas, y dentro del quinto batallón solo una de las ocho compañías llegaba a la mitad de los voluntarios requeridos.[22]

Si el reclutamiento funcionó de un modo más o menos fluido a pesar de los bajos números, equipar a tamaña fuerza municipal con el armamento necesario supuso otra cuestión que requirió meses de gestiones y negociaciones entre el Ayuntamiento, el Gobierno central, los gobernadores militares y el consulado de los Estados Unidos en Cádiz, este último como representante de fabricantes de armamento como los neoyorquinos E. Remington and Sons. El resultado fue una fuerza con fusiles de diversa procedencia y material a menudo obsoleto, pero que en septiembre ya tenía cubiertas sus necesidades de armamento.[23] No así las de vestimenta, que se limitaron a las cananas, cinturones y fundas de bayoneta sobre la indumentaria de paisano, con un característico quepis o gorra de color rojo que les servía de distintivo «dejando para más adelante lo de pantalón, blusa o lo que se estime para completar el uniforme», como se señaló en el pleno del consistorio.[24]

La milicia de voluntarios que tomó las armas en enero de 1874, sin embargo, era una milicia en vías de convertirse en una fuerza diferente a la que se había constituido como Voluntarios de la República en el febrero anterior. Retomando la legislación del Trienio en materia de Milicia Nacional, el gobierno Castelar y las Cortes Constituyentes acordaron a principios de septiembre reorganizar la fuerza de Voluntarios de la República, esta vez siguiendo una ordenanza de 14 de julio de 1822. En el caso de la provincia de Zaragoza, el arriba mencionado gobernador Víctor Pruneda ordenó el 23 de noviembre de 1873 a los ayuntamientos la creación de un registro de todos los vecinos varones de entre 18 y 45 años con propiedades, rentas, o modo de subsistencia. A esta lista se podían sumar individuos que no llegasen a la edad mínima o veteranos que excediesen la edad máxima y que deseasen servir en la milicia. Se trataba por lo tanto ya no de un cuerpo real de voluntarios (salvo en una pequeña parte), sino de una auténtica «milicia forzosa» que respondía a las necesidades urgentes del acosado gobierno de la República, que incluía caballería (si se poseía un caballo

[22] Listas de reclutamiento de cada batallón en A.M.Z., *Estadística. Milicia Ciudadana*, Cajas 1330 y 1331.

[23] A.M.Z., *Estadística. Milicia Ciudadana*, Caja 1330, legajo 61-14, expedientes varios relativos a la compra de armamento y bagajes para los Voluntarios de Zaragoza. Los Voluntarios de Zaragoza, cuyo armamento no estaba estandarizado y dependía en gran parte de sobrantes de otros parques militares, contaban con carabinas francesas Minié y con fusiles estadounidenses Berdan y Remington.

[24] A.M.Z., *Estadística. Milicia Ciudadana*, Caja 1330, legajo 61-14, *Adquisición de gorras, fornituras y cornetas para los voluntarios de la república*, documento relativo a la sesión ordinaria del 1 de abril de 1873.

propio) y un cuerpo de ingenieros.[25] El reclutamiento de la nueva milicia forzosa, sin embargo, resultó complicado de llevar a la práctica y se dilató en el tiempo. No fue hasta el 24 de diciembre de 1873 que se expusieron en la fachada de la casa consistorial las listas de varones que debían formar parte de la Milicia y se abrió el plazo de reclamaciones, y ello en una ciudad que no era sospechosa de deslealtad al gobierno republicano.[26] Un gobierno que caería apenas diez días más tarde.

La insurrección se produce, por lo tanto, en un momento de incertidumbre absoluta también respecto a la conformación de la Milicia Nacional, lo que sin duda contribuyó al clima de tensión de aquellos días. Después de un intento de refundación que quedaba truncado por el golpe de estado en Madrid, quedaba en entredicho –y de hecho suspendido– el papel desempeñado por un sector popular que hasta el momento había ocupado a través del uso de las armas y de la defensa de la República un papel preeminente en el ejercicio del poder local y en el arbitraje de sus tensiones inherentes y que quedaba anulado con la retirada del armamento asignado y con su inmediata desmovilización. La insurrección de Zaragoza del 4 de enero de 1874 no constituyó por lo tanto una revuelta de los Voluntarios como institución en sí, sino de unos sectores populares y de la burguesía local que se movilizaron en defensa de un modo determinado de entender su papel político en la esfera pública y de un nicho muy específico de poder que estaba estrechamente ligado a un objeto muy concreto: el fusil.

El fusil representaba para los varones que componían el cuerpo de voluntarios mucho más que un arma proporcionada por la autoridad para sancionar su pertenencia a la milicia. Al igual que había ocurrido en la liberal Milicia Nacional –de la que, como hemos visto, los voluntarios republicanos eran herederos directos–, y entre los antiguos voluntarios realistas, el arma representaba para el miliciano que la empuñaba la materialización física de un poder político sin precedente. El arma de fuego, como ha señalado recientemente Éric Fournier, constituía en el imaginario revolucionario de la segunda mitad del siglo XIX un auténtico «artefacto soberano» y un «objeto políticamente cargado», con capacidad de liberar a un individuo con el que prácticamente quedaba hibridada.[27] A través de su posesión, quedaba sancio-

[25] «Circular» y «Reglamento para la ejecución de la ley de 2 de septiembre sobre organización de la Milicia Nacional», en *Boletín Oficial de la Provincia de Zaragoza*, 23 de noviembre de 1873, 25 de noviembre de 1873, 27 de noviembre de 1873, 29 de noviembre de 1873, 9 de diciembre de 1873.

[26] A.M.Z., *Estadística*, Caja 1329, expediente 61-14, circular del Ayuntamiento Popular de Zaragoza (24 de diciembre de 1873), en dosier *Alistamiento de los varones de 18 a 45 años de edad para constituir la Milicia Nacional – 1873 n.º 1*.

[27] Éric Fournier, *La critique des armes. Une histoire d'objets révolutionnaires*, Montreuil, Libertalia, 2019, p. 422.

nada y confirmada no solo la participación activa del varón voluntario en la esfera pública, sino su autoridad como parte del cuerpo político. A ello se sumaba la posibilidad para los voluntarios de elegir a sus propios oficiales dentro de cada batallón de la Milicia en elecciones democráticas internas. El desarme involuntario ejercido de forma vertical y desde arriba, máxime en el contexto profundamente incierto del golpe de estado de enero de 1874, suponía por lo tanto la humillante desposesión de esa autoridad y de esa participación en lo político.

En el caso de una ciudad como Zaragoza, en primera línea de frente y con la amenaza carlista cada vez más cerca –a lo que se sumaba una intensa efervescencia social y política en los años inmediatamente anteriores– estas circunstancias eran todavía más exacerbadas. Si sumamos a ello los rumores que presuponían la formación de un gobierno republicano alternativo a partir de los prófugos llegados en el tren, se explica la excepcional respuesta armada al golpe de estado que había acabado con la legalidad republicana.

Barricadas en la ciudad

Durante las seis intensas horas que duraron los combates entre los Voluntarios y el ejército gubernamental, el enfrentamiento entre ambas fuerzas se desarrolló como la defensa de una auténtica ciudad sitiada, en un episodio que debió atraer al imaginario de los que lo experimentaron reminiscencias de aquellos ya algo lejanos sitios de 1808-1809. A lo largo del tejido urbano los actores implicados en la sublevación desplegaron una serie de repertorios de acción colectiva que bebían directamente de una experiencia insurreccional relativamente reciente y que conectaba bien con patrones de comportamiento transnacionales. Entre todos ellos, la protagonista de la jornada fue la barricada, cuya preeminencia en las sublevaciones que habían tenido lugar a lo largo del continente europeo desde 1848 –incluso 1830– era prácticamente indiscutible, pero que tras los episodios de la Comuna de París experimentó una cierta decadencia como instrumento de acción colectiva.

La historia de la barricada en Zaragoza, donde había aparecido ya ocasionalmente en la llamada «Cincomarzada» de 1838, se escapa a la cronología tradicional de este instrumento de acción colectiva.[28] No hizo aparición, ni siquiera remotamente, en 1848 –el año de las barricadas por excelencia–, ni parece haber tenido un papel destacado en la sublevación de 1854, un papel que sí tendría en la insurrección republicana de 1869 a la que hemos hecho referencia anteriormente. Menos de un lustro más tarde, y tres años después de su canto de cisne

[28] El dato de la barricada de colchones de la calle Nueva del Mercado (actual calle Torre Nueva) en Raúl Mayoral Trigo, *El cinco de marzo en Zaragoza*, p. 110. Este dato ha de ser manejado con cautela, ya que tal vez se trató de un mero parapeto defensivo e improvisado.

al otro lado de los Pirineos en los combates de la Comuna de París, la barricada volvía a realizar una aparición estelar como instrumento revolucionario en las callejuelas y plazas de Zaragoza en 1874. Desde el inicio, la construcción de las barricadas durante la noche del 3 al 4 de enero fue el primer gesto que señaló visualmente a nivel público la voluntad de los milicianos de resistir a las tropas gubernamentales.

El levantamiento de barricadas cortando una calle, en el caso de Zaragoza con la plena constancia del ejército según los testimonios contemporáneos, era ante todo una *performance* de lo político. No era para menos, dado que las funciones de la barricada trascendían con creces lo práctico. Como ha señalado Mark Traugott, la barricada como estructura y como símbolo cultural constituía una llamada a la movilización y un punto de encuentro que además servía para identificar a nuevos insurrectos y levantar la moral, desafiar la legitimidad de la autoridad reforzando solidaridades horizontales, difuminar las distinciones individuales y dislocar las sociabilidades propias del espacio urbano, entre otras muchas funciones.[29] La barricada, por lo tanto, además de constituir un parapeto, constituía un símbolo de resistencia popular y moral frente a la autoridad y su levantamiento era un acto performativo de la construcción de esa resistencia.

Los materiales reflejan el carácter improvisado de la barricada como estructura defensiva: maderos, sacos de lana y adoquines fueron los elementos que conformaron las levantadas aquella noche de enero en Zaragoza, algunas de las cuales fueron guarnecidas con cañones de montaña y de campaña con los que contaban los Voluntarios (figura 1).[30] Según el escritor Tomás Royo Barandiarán, que medio siglo más tarde escribió un extenso artículo al respecto probablemente apoyado en testimonios orales (su abuelo había participado en la refriega), en lo alto de las barricadas se colocaron letreros de «Pena de muerte al ladrón».[31] Esta frase reforzaba el aspecto moral de la revuelta y de su símbolo más visible, la barricada, y lejos de ser un aviso improvisado, se trataba de un eslogan muy arraigado y extendido. En 1848 eran habituales las pintadas y los carteles de «*Morte ai ladri!*» en lo alto de las barricadas de las Cinco Jornadas de Milán.[32] También en 1848, en París, Louis Blanc describía que en cada barricada había un cartel de «*Mort aux pillards, mort aux voleurs!*», lema al que denomina el

[29] Estos aspectos culturales y simbólicos de la barricada en Mark Traugott, *The Insurgent Barricade*, Berkeley, University of California Press, 2010, pp. 178-224.

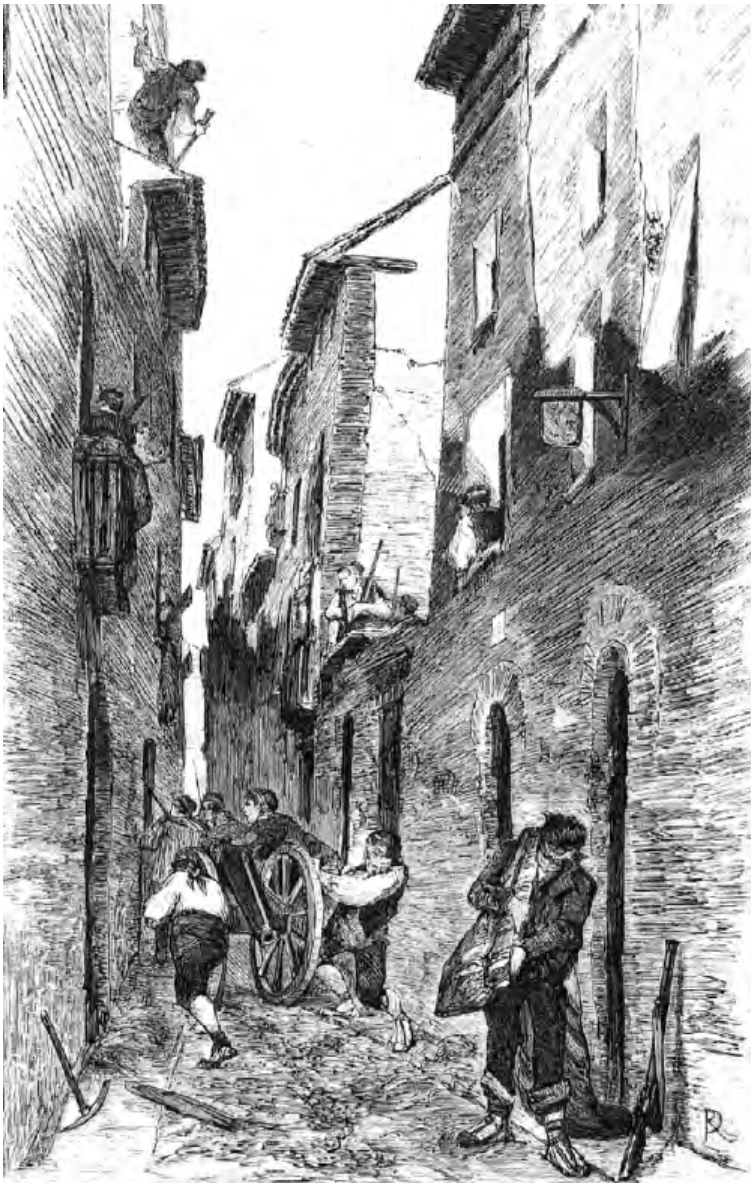
[30] *La Iberia*, 8 de enero de 1874.

[31] Tomás Royo Barandiarán, «El desarme de los Voluntarios. 4 de enero de 1874», *Heraldo de Aragón*, 4 de enero de 1924.

[32] Felice Venosta, *Le cinque giornate di Milano, 18-22 marzo 1848: memorie storiche*, Milán, Carlo Barbini Editore, 1876, p. 91.

Jerónimo Zurita, 98. Primavera 2021: 89-111 issn 0214-0993

Figura 1. **«Aspecto de la calle de Flandro el 4 del actual, momentos antes de la lucha» (*La Ilustración Española y Americana*, 15 de enero de 1874)**



Grabado de Doméc y Rico, Hemeroteca Digital de la BNE. Varios Voluntarios de paisano vestidos con traje de baturro labrador arrastran un cañón por una de las calles adyacentes al Coso.

«breve código de los insurgentes».[33] En 1854, la frase aparecía de nuevo en un buen número de las barricadas de Madrid, hasta el punto de que Pérez Galdós tacha al cartel de «indispensable».[34] La exhibición repetida y obligada de esta sentencia, que se correspondía con un código transnacional y con un acto performativo, pone de manifiesto el carácter simbólico y político-cultural de la estructura de la barricada. No impidió, sin embargo, que se produjeran algunos robos puntuales durante la refriega, saqueos que algún diario conservador no dudó en achacar interesadamente a miembros sin partido «de los antiguos comités internacionalistas».[35]

Figura 2. **Croquis de los combates y barricadas del 4 de enero de 1874**

Elaboración propia a partir de las crónicas periodísticas citadas en este artículo y el *Plano de Zaragoza levantado por una comisión de oficiales del Cuerpo de E.M. del ejército* (1869), BNE Biblioteca Digital Hispánica. Representadas con aspas, las principales barricadas de los Voluntarios, con rectángulos las posiciones del Ejército y sus movimientos, con una línea negra la posición de las baterías Krupp frente a la Plaza de la Constitución.

Como ya se ha señalado, la insurrección tomó la forma de la defensa de una ciudad sitiada, en este caso por contingentes gubernamentales

[33] Louis Blanc, *1848: Historical Revelations Inscribed to Lord Normanby*, Londres, Chapman and Hall, 1858, p. 450.

[34] Cristino Martos, *La revolución de julio en 1854*, Madrid, Imprenta del Colegio de sordo-mudos y ciegos, 1854, p. 323; Benito Pérez Galdós, *La revolución de julio* (1.º ed. 1904), disponible online en Cervantes Virtual, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-revolucion-de-julio--0/html/ff40cf8a-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html (accedido en 2 de septiembre de 2020).

[35] *La Iberia*, 8 de enero de 1874.

que llegan desde los cuarteles periurbanos o desde el propio espacio rural que rodea a la ciudad. Las barricadas se levantaron en las principales entradas al centro histórico de la ciudad, bloqueando herméticamente calles y puentes de entrada al núcleo primitivo del espacio urbano (puente de Piedra, plaza del Mercado, Don Jaime, plaza de la Magdalena) y cortando en varios puntos la vía perimetral del Coso (Audiencia, Casa de las Monas), que delimita todavía hoy en día el casco urbano heredero de la antigua ciudad romana (figura 2).[36] Un aspecto llamativo de esta premeditada defensa de la ciudad fue la ocupación y fortificación de las iglesias de San Gil Abad, que dominaba la entrada a la arteria de la calle Don Jaime que comunicaba el Coso con el puente de Piedra en el Ebro, y de San Miguel de los Navarros, desde la que se controlaba la cabeza del puente de San José sobre el Huerva y la puerta del Duque de la Victoria.[37] La ocupación y fortificación de ambos templos, sin embargo, no fue acompañada de destrucción de objetos sagrados o retablos, como cierta prensa conservadora aseguró en un principio y el zaragozano *Diario de Avisos* se encargó de desmentir.[38]

Pasada la hora límite para entregar los fusiles de los Voluntarios a las autoridades militares, un plazo establecido por el capitán general de Aragón y representante del Gobierno Militar en Zaragoza, el mariscal sevillano Agustín de Burgos Llamas, comenzaron los primeros disparos por parte de la artillería del ejército contra los insurrectos.

Una tempestad de hierro y fuego

Frente al repertorio defensivo simbólico y físico desplegado por los insurrectos a lo largo del centro de la ciudad, cabe destacar la violenta reacción contra la rebelión, reproducida a través de un despliegue militar y armamentístico con pocos precedentes en la ciudad desde los Sitios de 1808-1809. Una respuesta enérgica y con pocas concesiones que sin duda respondió a la necesidad de las tropas gubernamentales de acallar cuanto antes un nuevo foco de rebelión contra el nuevo orden establecido, y que se inserta en el contexto bélico que se ha desarrollado anteriormente.

La punta de lanza de la ofensiva del ejército fue una batería de doce novísimos cañones Krupp, cuyo fuego marcó el inicio de las hostilidades. Los cañones alemanes Krupp, que contaban con munición

[36] Las posiciones de las barricadas en *La Iberia*, 8 de enero de 1874. La desaparecida Casa de las Monas se situaba en la intersección de las calles del Coso, de las Escuelas Pías y de Cerdán, en el punto donde en la actualidad el Coso enlaza con la avenida de César Augusto.

[37] Ambas iglesias, levantadas en el siglo XIV, se conservan hoy en día en sus emplazamientos. La puerta de la Victoria, construida en honor a Baldomero Espartero dos décadas antes, desapareció irremediablemente en 1919.

[38] Nota reproducida en *El Imparcial*, 14 de enero de 1874.

Figura 3. **«Insurrection de Saragosse. Le régiment des Asturies emportant à la baïonnette la barricade de la calle del Arco de Cinéja» (*Le Monde Illustré*, 24 de enero de 1874)**

Dibujo de M. Vierge a partir de croquis de M. Dick, BnF Gallica. Las tropas gubernamentales cargan con bayoneta contra la barricada de los Voluntarios entre los cañonazos de los Krupp desplegados en el Paseo. Vista de la plaza de la Constitución (hoy plaza de España) desde el sur, con una sobredimensionada escultura de Neptuno de la fuente de la Princesa en el centro de la escena y una excesivamente ancha calle de los Mártires cubierta por una barricada al fondo.

explosiva, eran un añadido muy reciente al ejército español, y habían ya demostrado su capacidad destructiva apenas tres años antes durante el asedio de París por parte de las tropas prusianas. Diez de ellos fueron dispuestos en el amplio bulevar del paseo de la Independencia, dominando el espacio central del Coso y enfrente de la principal barricada de los Voluntarios, que taponaba la calle de los Mártires, como señaló un ilustrativo grabado aparecido en Francia poco después (figura 3). La amplitud del burgués paseo, que permitía la maniobrabilidad del ejército y de la artillería para controlar el casco urbano adyacente y contrastaba con la estrechez de las calles escogidas por los insurrectos para levantar las barricadas, constituyó un buen ejemplo aplicado de la lógica urbanística antiinsurreccional que ya había dado sus frutos en el París de Hausmann unos años antes.

Las crónicas periodísticas coinciden en señalar la violencia de los combates, y ante todo, el estruendo del sonido constante de detona-

ciones en la ciudad, «una tempestad de hierro y fuego», en palabras de un testigo.[39] «Desde los primeros instantes del combate no se oían las detonaciones», señalaba el local *Diario de Avisos*, «era un ruido inmenso, incesante, atronador, como el de la ola alborotada del mar, oído por la noche», un «estruendo infernal» que se prolongó hasta el momento en que las tropas gubernamentales lograron dominar la población.[40] Según algunos medios, los disparos de cañón llegaron a alcanzar a la torre campanario de la Seo, si bien se cebaron especialmente con las dos casas que flanqueaban la gran barricada de la calle de los Mártires, en las que se encontraba el café de la Constancia y la redacción del zaragozano *Diario de Avisos*, respectivamente.[41] Un mes más tarde, la propietaria de este último edificio reclamaría su reparación al Ayuntamiento, una reclamación sin éxito por ser considerada la destrucción fruto de una cuestión «fortuita».[42]

Mucho más que los daños materiales, que fueron como se ha visto puntuales, fue la pérdida de vidas humanas y lo encarnizado y sangriento de los enfrentamientos lo que más capturó la atención de los contemporáneos. El avance del ejército desde los cuatro puntos cardinales de la periferia urbana se produjo en una táctica envolvente que impedía que los Voluntarios de las «torres» y distritos rurales de Garrapinillos, Torrero o Movera socorriesen a los sitiados. Un avance en muchas ocasiones realizado a bayoneta y casa por casa, con un considerable coste de vidas humanas y con los consiguientes derribos, desalojos y combates cuerpo a cuerpo.[43] La centralidad del ejército y de los Voluntarios de la República no debería, sin embargo, ocultar a toda una serie de actores que tomaron parte en el combate y que, al calor de la resistencia organizada por el cuerpo de milicianos, se sumaron al movimiento a pie de calle. Llama la atención en este sentido la escasa pero documentada presencia femenina en las fuentes, dejando de lado casos puntuales como «la Salmantina», propietaria de un horno de la calle Cerdán que con su hijo en brazos se puso a arengar al pie de una de las barricadas a los insurrectos. Sí hubo una gran presencia femenina –o al menos quedó mejor reflejada en la memoria colectiva– en los hospitales improvisados en las iglesias, donde se atendió a los heridos de los Voluntarios sin descanso.[44] En

[39] Carta de testigo en *La Época*, 8 de enero de 1874.
[40] Crónica reproducida en «Orden público», *La Iberia*, 7 de enero de 1874.
[41] *La Correspondencia de España*, 8 de enero de 1874; «Sucesos de Zaragoza» en *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 8 de enero de 1874.
[42] A.M.Z., *Contabilidad*, Caja 230, expediente 9-9-199, instancia abierta por Ana Ordovás y Oyarvide (3 de febrero de 1874).
[43] El testimonio de uno de los soldados en *La Época*, 12 de enero de 1874.
[44] Tomás Royo Barandiarán, «El desarme de los Voluntarios. 4 de enero de 1874», *Heraldo de Aragón*, 4 de enero de 1924.

otro plano encontramos actores no relacionados necesariamente con el cuerpo de Voluntarios, como denota la presencia de un guardia municipal, Felipe Rojo Peña, entre los combatientes que abrían fuego desde las barricadas, una participación en los combates que le costaría su inmediata expulsión del cuerpo.[45] También en las barricadas se encontraba Simón, amigo de José Martí, limpiabotas y criado en la casa donde el joven poeta se hospedaba, y un antiguo veterano de los insurrectos cubanos de 1868.[46] De él recordaría Martí décadas más tarde en un periódico neoyorquino que:

> En Zaragoza […] no hubo trabuco más valiente en la plaza del Mercado, en la plaza donde cayeron las cabezas de Lanuza y Padilla, que del negro cubano Simón; y cuando Aragón había abandonado las trincheras, y no se veía más que el humo y la derrota, allí estaba Simón, el negro cubano, ¡allí estaba, él solo, peleando en la plaza![47]

En el centro de la refriega, es destacable la acción de un actor intermediario de muy reciente aparición en el espacio urbano, no solo como procurador de asistencia y de cuidados durante y después de los combates, sino también como mediador entre los prisioneros y las autoridades militares del distrito: la Cruz Roja. Por iniciativa de seis de sus principales miembros zaragozanos, la asociación realizó su primera gran actuación en la ciudad durante la jornada del 4 de enero, estableciendo un hospital de campaña, aprovisionado en gran parte con donaciones de material de los vecinos de las casas colindantes, e improvisando pequeños hospitales de sangre en las casas particulares de algunos socios.[48] La acción humanitaria de la Cruz Roja en Zaragoza no fue en absoluto excepcional. Una actuación muy similar tuvo en los simultáneos sucesos de Valladolid, una actividad en línea con los valores emanados de la Convención de Ginebra de 1864 y que no dejó de ser una prolongación de la intensa actividad que estaba llevando a cabo la asociación en el frente carlista y cantonal durante esas mismas fechas y que sin duda reforzó su popularidad en la opinión pública española. La primera gran intervención de la Cruz Roja a nivel internacional había tenido lugar apenas tres años antes, durante la guerra

[45] Serafín Villén López, *Zaragoza y el orden público. Orígenes de la policía municipal, 1849-1885*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1986, p. 103.

[46] Rubén Pérez Nápoles, *José Martí: el poeta armado*, Algaba, Madrid, 2004, p. 108.

[47] «Un español», *Patria*, 16 de abril de 1892, extraído de José Martí, *Obras completas* (tomo 4), La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991, p. 391. Sobre la recurrente y errónea identificación de Padilla y Zaragoza en la obra de José Martí, vid. Carlos Forcadell Álvarez, «Aragón en 1873: la democracia republicana que conoció Martí», en *Congreso Internacional José Martí en nuestro tiempo*, Zaragoza, IFC, 2007, pp. 133-142.

[48] «La Caridad en la Guerra», *La Voz de la Caridad* (n.º 93), 15 de enero de 1874, pp. 329-330.

franco-prusiana de 1870, y en la posterior represión de la Comuna de París (en este último caso de modo más controvertido).[49]

La crudeza y lo repentino de los combates contrasta con la rápida vuelta a la normalidad que se produjo en los días inmediatos a la insurrección. La misma mañana siguiente, el 5 de enero, el capitán general mandó publicar una serie de proclamas en las que aseguraba haber hecho lo posible por evitar el derramamiento de sangre e instaba a la población a adherirse al nuevo gobierno de la República.[50] Para entonces, se habían contabilizado ya setenta muertos, ciento cuarenta heridos y doscientos prisioneros solo entre los sublevados, una carnicería que ensombrecía a la que se había producido en la precedente insurrección de 1869, donde el número de muertos fue de veintidós civiles y dieciocho soldados, y durante varios días.[51]

De inmediato se estableció por parte del capitán general un nuevo plazo de tres horas para devolver los fusiles que aún estuvieran en manos de Voluntarios, amenazando con registros domiciliarios pasado ese tiempo. Para entonces, la bandera roja que ondeaba en la Diputación Provincial había sido ya retirada y sustituida por la rojigualda, y el periódico federal *El Cantón Aragonés* había sido suprimido.[52] En lo que respecta a la entrega de armas definitiva, si seguimos la tradición oral local recogida por Royo Barandiarán, los varones que formaban la milicia se negaron a acudir ellos mismos a presentar los fusiles en los cuarteles. En su lugar, habrían sido las hijas, esposas y hermanas de los sublevados las que acudieron la mañana del día de Reyes a entregarlas, en un último intento de rebeldía de los Voluntarios contra el nuevo orden establecido.[53] Sin entrar a cuestionar la veracidad de este hecho, que no hemos podido corroborar con otras fuentes, lo que sí parece cierto es que se debieron de producir no pocas ocultaciones y cambiazos a la hora de la entrega de los fusiles. Muchos de ellos acabaron arrojados a las acequias, pozos y ríos de la ciudad, para evitar su apropiación por parte de las tropas gubernamentales. En la semana siguiente, según varios periódicos de muy distinto signo, se vieron por las riberas patrullas de soldados tratando de recuperarlas con pérti-

[49] Para una aproximación crítica al papel de la Cruz Roja y otras asociaciones humanitarias en el contexto bélico franco-prusiano y de la Comuna de París, véase Bertrand Taithe, *Defeated Flesh. Welfare, Warfare and the Making of Modern France*, Manchester, Manchester University Press, 2010, pp. 155-179.

[50] Alocución de Agustín de Burgos reproducida en *La Discusión*, 11 de enero de 1874.

[51] *La Correspondencia de España*, 6 de enero de 1874, corrección en la cifra de prisioneros en *La Discusión*, 9 de enero de 1874. La cifra de 1869 en Juan Jaime López González y José García Losaosa, *Orígenes del movimiento obrero en Aragón*, p. 180.

[52] Bando reproducido en *El Imparcial*, 7 de enero de 1874.

[53] Tomás Royo Barandiarán, «Después de la tragedia. 6 de enero de 1874», *Heraldo de Aragón*, 6 de enero de 1924.

gas y ganchos.[54] Mientras tanto, la cuestión de la recogida de armas de la milicia de otras provincias no estaba todavía cerrada. Algunos días más tarde siguieron produciéndose alteraciones en otros puntos, como en la villa de Sants, donde los Voluntarios se negaron también a entregar las armas, y en el Raval de Barcelona, donde también se produjeron tiroteos con el ejército.[55]

La difícil reconciliación de la memoria local

Las noticias procedentes de Madrid, por las cuales se comprobó que el sistema republicano continuaría en pie con el general Serrano al frente de una República pretoriana, sin duda contribuyeron a calmar los ánimos de los sectores más templados del republicanismo local. Al fin y al cabo, el nuevo ejecutivo no constituía un gobierno muy diferente al que ostentaba Patrice de Mac Mahon en la vecina república francesa desde hacía casi un año.

La nueva normalidad republicana no tardaría en llegar a las instituciones, mientras continuaba la suspensión de garantías constitucionales que a raíz del golpe se había declarado en todo el territorio de la República.[56] En las semanas siguientes, tras unos días de interinidad, se constituyó un nuevo ayuntamiento zaragozano y una nueva Diputación Provincial con el jurista Franco y López al frente. Esta última pidió inmediatamente clemencia para los anteriores miembros de la corporación que permanecían detenidos.[57] En lo que respecta a los prisioneros capturados tras la refriega, los primeros, muchos de ellos capitanes de los Voluntarios, fueron liberados apenas dos semanas después de la insurrección, lo que refleja hasta cierto punto una voluntad del nuevo régimen de pasar página sin prolongar la cuestión de la sujeción del orden público mucho más tiempo.[58] Algo más de un mes más tarde, quedó en libertad también el exalcalde Santiago Dulong. Para entonces, de los doscientos detenidos durante la insurrección solo quedaban en prisión algunos de los diputados constituyentes huidos de Madrid y el antiguo presidente de la Diputación Provincial.[59] No se produjeron ejecuciones en represalia, al igual que no parece que las hubiera en los primeros momentos de la rendición en Cartagena, cuya Junta cantonalista se rindió a las tropas del Gobierno apenas diez días después de los sucesos de Zaragoza y Valladolid.[60]

[54] Según el liberal *El Imparcial*, 11 de enero de 1874; el monárquico conservador *El Mundo*, 12 de enero de 1874 y el republicano *La Igualdad*, 21 de enero de 1874.
[55] «Sucesos de Barcelona», *La Iberia*, 14 de enero de 1874.
[56] «Ministerio de la Gobernación. Decretos», *Gaceta de Madrid*, 5 de enero de 1874.
[57] *El Imparcial*, 14 de enero de 1874.
[58] *El Imparcial*, 14 de enero de 1874.
[59] *El Imparcial*, 12 de febrero de 1874.
[60] En el caso cartagenero, sí se produjeron sin embargo condenas a la pena capital y un

La necesidad de consolidar las posiciones y popularidad del ejército para continuar con la guerra carlista cuanto antes sin duda movió a las autoridades a dar carpetazo cuanto antes a una experiencia que a nivel local había resultado traumática y que era mejor no repetir. Buena muestra de esta necesidad de «cerrar las heridas» desde arriba en la memoria local fueron las fastuosas exequias celebradas por el nuevo consistorio en la Basílica del Pilar el 15 de enero de 1874, apenas once días más tarde, en honor de las víctimas de ambos bandos. «De una y otra parte se vertió sangre preciosa», rezaba la invitación oficial del Ayuntamiento, «de una y otra parte, españoles beneméritos, hermanos nuestros, católicos, exhalaron el último suspiro».[61] El acto fue organizado al mínimo detalle, con una cuidada coreografía de protocolo para evitar confusiones o conflictos de precedencia en torno al catafalco funerario dispuesto frente al altar mayor de la basílica. Todo tipo de personalidades y corporaciones civiles de la oligarquía económica y de las profesiones liberales fueron invitadas a la ceremonia, desde el vicecónsul francés, el claustro universitario, o la junta del Banco de Zaragoza, hasta la sociedad de la Cruz Roja, los maestros municipales o la Asociación de Ganaderos.[62] Fuera de la ceremonia quedaban organizaciones del artesanado o representantes de los sectores populares, al menos a título oficial. El mensaje oficial era de reconciliación, pero también de orden. Pasado el primer mes, pronto el recuerdo de la movilización popular del 4 de enero de 1874 quedaría relegado al olvido a nivel oficial.

Uno de los primeros en comprobar esta política de olvido fue el propio exalcalde Santiago Dulong, que durante los años de la Restauración ocuparía el puesto de concejal en el ayuntamiento zaragozano. En 1878, Dulong intentó en repetidas ocasiones debatir en el ayuntamiento la creación de un subsidio para las viudas y huérfanos de voluntarios y heridos en la insurrección, buscando equiparar su estatus al de los familiares de los milicianos fallecidos durante el 5 de marzo de 1838 (la famosa Cincomarzada), a los que se les repartía anualmente un socorro. En palabras de Dulong, «estos murieron también defendiendo un Gobierno constituido sosteniendo el orden y defendiendo la libertad aún mejor que los del año 38», por lo que no veía «que

gran número de deportaciones como parte de la represión posterior al conflicto. Para la represión en Cartagena, vid. Aureliano Gómez Vizcaíno, «Impacto demográfico de la crisis de 1873 en Cartagena. Las bajas del Cantón», *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 443-462 y Diego Victoria Moreno, «La represión política durante y después del Cantón murciano: Estructura y connotaciones sociales», *Anales de Historia Contemporánea*, 10 (1994), pp. 463-476.

[61] A.M.Z., *Funciones públicas*, Caja 231, expediente 9-10-52, con objeto *Celebrar las exequias por los que murieron a consecuencia de la lucha del 4 de enero*, invitación a las exequias en el Pilar.

[62] *Ibidem*.

hubiera diferencia entre unos y otros». La propuesta fue recibida con considerable frialdad por el pleno. Tras ser pospuesta hasta en cuatro ocasiones se produjo un breve pero agrio debate en el que el propio presidente del pleno municipal le recordó a Dulong que «las comparaciones son siempre odiosas» y en el que se argumentó que «en un país en que desgraciadamente se está vertiendo la sangre en luchas civiles todos los días, será inmenso el número de socorros que habían de otorgarse». La propuesta de socorrer a las víctimas del 4 de enero de 1874 fue rechazada con dieciocho votos en contra y tres a favor.[63] Frente a la liberalísima, consolidada y ya lejana efeméride de la Cincomarzada, la memoria de la mucho más reciente sublevación republicana difícilmente encajaba en el discurso oficial o en el conservador clima político de los primeros años de la Restauración.

Si la memoria oficial del ayuntamiento optó por dejar atrás los sucesos de enero 1874, no puede decirse lo mismo de la tradición oral local, y más en concreto de la reproducida en el seno de los círculos que podrían inscribirse en una cultura política republicana zaragozana.[64] Durante años se celebró una misa de aniversario en memoria de los republicanos caídos durante la jornada, una ceremonia que tenía lugar en la iglesia de San Miguel de los Navarros.[65] El emplazamiento no era casual, ni podía ser más simbólico, ya que la iglesia había sido una de las ocupadas como fortín por los insurrectos durante la defensa de la ciudad junto al río Huerva durante aquel lejano 4 de enero que sirvió de canto de cisne al experimento democrático de la Primera República.

A modo de conclusión

La insurrección de 1874 fue el último gran levantamiento zaragozano del siglo XIX, con una intensidad y una violencia que no volverían a repetirse hasta bien entrado el siglo XX y que marcaron el punto final de la experiencia democrática popular del Sexenio en la ciudad. A lo largo de este artículo, hemos tratado de presentar, como en una toma fotográfica, la intensidad y la efervescencia de los momentos inmediatos al golpe de estado de Pavía, trazando una serie de hilos conductores a través de los cuales la ciudad sirve como observatorio para explorar la complejidad y las tensiones existentes en esos instantes decisivos.

[63] A.M.Z., *Gobernación*, Caja 250, expediente 9-19-182, *Moción del Señor Dulong sobre que se socorra a las viudas y huérfanos de las víctimas del 4 de enero de 1874 como se verifica con las del 5 de marzo de 1838*.

[64] A este respecto, sobre el caso aragonés, vid. Óscar Aldunate León, «La cultura martirológica del republicanismo durante la Restauración», en Carmelo Romero Salvador y Alberto Sabio Alcutén, *Universo de micromundos. VI Congreso de Historia Local de Aragón*, Zaragoza, IFC y Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 249-260.

[65] *Ibidem*, pp. 258-259.

En lo que puede ser interpretado como una huida hacia delante del republicanismo federal local, las bases sociales que sustentaban la milicia de los Voluntarios de la República se negaron a reconocer la legitimidad del golpe de estado, desplegando una serie de repertorios insurreccionales en el casco urbano en torno al levantamiento de barricadas. Este levantamiento, aparentemente excepcional, solo se entiende desde la efervescencia política experimentada en la sociedad local durante el lustro previo, y sobre todo desde el efecto omnipresente de la guerra carlista en una ciudad que se percibía en primera línea de frente. Ambos elementos confluyeron en la incertidumbre de momento, generando un clima de rumores y miedo que fueron catalizados por la negativa abierta a entregar las armas de la milicia. En este contexto, los Voluntarios, como su predecesora Milicia Nacional, se convirtieron en la espina dorsal de una insurrección popular que se saldó con un gran coste de vidas y que el ejército gubernamental trató de despachar de una manera lo más rápida posible haciendo uso de todo su arsenal intimidatorio y bélico.

La aparentemente rápida vuelta a la normalidad de la ciudad, que poco a poco fue reincorporándose a la nueva «legalidad» republicana –ya no democrática, sino autoritaria– vino acompañada de la permanencia de una memoria discreta pero controvertida a la hora de abordar lo sucedido durante la tarde del 4 de enero de 1874. Una memoria mantenida durante décadas por el republicanismo local, que nunca se vio reflejada en el plano oficial. Todavía hubo quien, aprovechando la efeméride, se preguntase en las páginas de la prensa cómo era posible que cincuenta y ocho años más tarde, no se hubiera «conseguido que su recuerdo perdure y se memore con una sencilla lápida o una simple inscripción que sintetice y enaltezca su civismo y sacrificio».[66] Era ya el año 1932, otro siglo, y otra República.

Recibido: 15/10/2020
Revisado: 2/12/2020
Aceptado: 24/3/2021

[66] Manuel Serrano Serrate, «Efemérides zaragozanas. 4 y 5 de enero de 1874 (del diario de un testigo)», *La Voz de Aragón*, 7 de enero de 1932.